

EDITORIAL

Me inquieta la idea de que nos volvamos cada vez más tecnológicos, hasta el punto de introducir la mecánica en actos tan íntimos como es la reproducción.

Es cierto que el desarrollo de la ciencia avanza llegando a entremezclarse tan estrechamente con nuestro desarrollo que, como un espejismo, parece rebasar las fronteras del alma instalándose en el núcleo mismo de las células que conforman la vida y ello me evoca un sentimiento contradictorio de temor y de delicadeza y respeto.

En la actualidad exploramos las fronteras de lo grande y de lo diminuto de nuestro universo físico, mental y emocional, que holográficamente conforma la totalidad de la existencia, introduciéndonos en los secretos de la vida, que todavía manejamos de puntillas.

Inmersos en esa complejidad podemos acertar a comprender como cuando una pareja, en concreto la mujer, desea un hijo y lo vive como necesidad imperante, necesita llenar, no sólo su útero, sino el vacío de su existencia misma.

Me inquieta, por qué no, que se siga experimentando desde un modelo biomédico y que sea en especial el cuerpo femenino, como laboratorio viviente, el que mayormente sufra en el intento de conseguir el hijo soñado. El hecho de que existan posibilidades tecno-científicas de conseguir algo, en este caso descendencia biológica, no quiere decir que lo más saludable psicológicamente sea conseguirlo, y máxime teniendo en cuenta el alto costo -emocional y económico- que ello supone.

Si en otra época, no muy lejana, la imposibilidad de exhibir un hijo o un nieto como muestra de descendencia, llevaba en algunos casos a usurpar el de otros, como ilustra crudamente Mireia Ros en su película "La Moños" (1996), en la actualidad, aparentemente, bastaría con utilizar los procedimientos innovadores que la ciencia ofrece. Lo cual no quiere decir que no siga habiendo compra-venta de niños, ya que también hay que entender que esta tecnología punta pertenece solo a una minoría de occidente, en otros países cercanos el exceso de natalidad promueve métodos de control de la misma.

Al observar más de cerca da la sensación de que con las nuevas técnicas de reproducción se pretende poner parches a la infertilidad obviando las causas psicológicas, del medio ambiente, del estilo de vida, de los fármacos o cualquier otro procedimiento que las desencadenan.

Lejos de idealismos, si bien hay que reconocer el mérito de las Técnicas de Reproducción Asistida, también hay que reflexionar, la sociedad y el conjunto de las ciencias implicadas en ello -entre las cuales está la psicología-, sobre las repercusiones que el uso de la tecnología reproductiva tiene, en nuestro caso, sobre las psiques y emociones de la pareja, sobre la educación de estos hijos, sobre el nuevo concepto de familia,...

Como muy bien se verá en los siguientes artículos, las Técnicas de Reproducción Asistida no son una panacea, habiendo recorrido ya un camino, podría decirse que están en sus inicios, y que abren las puertas a otra dimensión, llena de interrogantes, sobre la concepción de la vida misma.

Sólo queda agradecer al elenco de reconocidos profesionales que componen el Dossier su colaboración al mismo, al mostrar con claridad y humanidad la situación actual de los avances en este campo novedoso y desconocido por nuestro colectivo.

Cristina Aguilar
Directora Adjunta